

## LA FIESTA DEL CRISTO Y LOS MALOS ESPÍRITUS

Que desde Santurce a Bilbao venían por toda la orilla. Eso andaba cantando, señor juez, aquella manada de jarochos, abigarrado vocerío en la taberna de Nicasio, más ruinosos que el Castillo del Duque de Frías, hartos de tintorro y de aceitunas zorzaleñas, beborroteando toda la mañana, hatajo de cafres, sin excepciones, que ninguno sabe con exactitud dónde cae el País Vasco.

Allí estaba Pascual, cabestro de la Luisa, que en su casa, lo que se dice comer, nadie come, pero para el pimpleo nunca falta; Fernando Mendinilla, vaquero de Rodanillo, con los ojos más torcidos a cada trago; Manolo el de San Román, oliéndole los hoccos a pimientos crudos; y, como no, Juanele Candiles, que yo le quitaría el apodo, mejor Juanele el Gorrón, siempre con urgencias de ir a los servicios a la hora de pagar la cuenta...

Y todos, eso, señor juez, que desde Santurce a Bilbao venían por toda la orilla.

Yo, fuera, sentado en un velador, contemplando las montañas de los alrededores, con mi cervécita fresca, la segunda de la mañana, ni una más, que a prudente nadie me gana, los ojos en el centro de la plaza, en los fulanos del ayuntamiento, todos colgando farolillos, guirnaldas, levantando el entarimado para la verbena de la noche.

La forastera, solitaria, vino a posarse como una mariposa en el velador siguiente al mío. Rubia era, embutida en un vestido amarillo con botones negros, muy ajustado, asomándole las cintas del sostén por los ribetes del escote, que todos sabemos cómo salen algunas a la calle cuando llega el catorce se septiembre.

Lo juró, señor juez, ni un mal pensamiento. Yo, aunque de caduqueos nada, nada de siestas canónicas, tampoco soy hombre que ande por ahí astillando a las hembras en los ojos, que ya monto quince años sobre el medio siglo, aunque no se me note mucho.

-¿Libre? - preguntó, con voz suave, mientras señalaba un asiento próximo al mío.

-Sí - le respondí cortésmente-, libre..., esperando el honor de sostener su delicado peso.

Un momento después, nada más sentarse, me di cuenta de que apoyaba un muslo sobre el otro, casi al aire, cosas del verano, que no digo yo que fuera una bagasa, y

